

---

## UNA NUEVA HERRAMIENTA PARA EL ESTUDIO HISTÓRICO DEL NACIONALISMO VASCO

DE LA GRANJA, José Luis; DE PABLO, Santiago; MEES, Ludger; CASQUETE, Jesús: *Diccionario ilustrado de símbolos del nacionalismo vasco*, Madrid, Tecnos, 2012, 899 pp.

PEDRO JOSÉ CHACÓN DELGADO

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

[pedrojose.chacon@ehu.es](mailto:pedrojose.chacon@ehu.es)

---

Estamos ante un grueso volumen de tapa dura y con papel de alta calidad, cuyo contenido se desglosa en 53 símbolos ordenados alfabéticamente, tal como se refleja en el sumario de la obra, de los cuales 33 están a cargo de los cuatro coordinadores y el resto queda en manos de ocho colaboradores, en su mayoría catedráticos, profesores o investigadores vinculados a la UPV/EHU, aunque también los hay procedentes de otras universidades, como la de Deusto, Santiago de Compostela, Navarra o París IV (Sorbona). Particularmente útiles son los índices onomástico y analítico finales para la consulta de la obra, y la bibliografía general para profundizar en el estudio del nacionalismo vasco desde el enfoque aquí tratado.

La idea original de un diccionario así, tal como se reconoce en su “presentación”, partió de Jesús Casquete, quien propuso aplicar al caso vasco el modelo del *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo* de Rosa Sala Rose (p. 11) en lo que pretende ser el inicio de un camino investigador donde el interés por el tema nacionalista se focaliza en su capacidad de arrastre social y a través de los elementos que más atraen a sus seguidores: sus símbolos. El nacionalismo, como ideología contemporánea, está consustancialmente ligado a la política de masas y a sus múltiples recursos de movilización social, tal como explica el propio Casquete y Ludger Mees en la introducción a la obra (pp. 15-32). Esta elección de los símbolos para abordar el estudio del nacionalismo supone optar por un modo de explicación del mismo basado más en la fuerza de su difusión, que es donde intervienen los símbolos, que en los fundamentos de su aparición. Y aunque, como se reconoce en dicha introducción, los símbolos tienen un poder heurístico complementario, que no pretende sustituir otros instrumentos de análisis ya más trabajados por los especialistas en el tema (de tipo estructural, con fuerte carga de análisis social), lo

cierto es que si consideramos hoy como paradigma dominante para entender el origen del nacionalismo el que proviene del tratamiento exhaustivo de los materiales culturales que genera, a través del lenguaje, los conceptos, las metáforas y los símbolos, es por ello que debemos esperar, y en cierto modo hasta exigir, que cada nueva incursión científica en ese mundo nos de un poco más de luz sobre su origen, desarrollo e influencia sobre nosotros. Y este libro podemos adelantar que lo consigue con una solvencia contrastable.

Los símbolos del nacionalismo vasco tienen su momento fundante en el propio origen de este movimiento con Sabino Arana Goiri. Todo parte de él. Y a partir de ahí el nacionalismo organiza un programa de comprensión del pasado sobre nuevas bases, que, a modo de bucle, se traslada al presente y se ofrece a sus seguidores en forma de símbolos, una especie de comprimidos conceptuales del mensaje, que incluyen sobre todo un factor emocional y de cohesión social determinante. Estamos en un terreno sentimental, trufado de pasiones y de apelaciones a lo telúrico, a lo inexplicable, a la materia sensible de los individuos y sobre todo de las colectividades que acogen a unos individuos que necesitan certezas irrefutables para moverse y generar sentido para sus actos y sus objetivos compartidos. El nacionalismo es experto en este mercadeo de los sentimientos y su escaparate está lleno de productos de primera mano para sus fervientes consumidores. Es por ello que lo de menos, en una primera lectura de esta obra, es entrar en el catálogo de símbolos que se nos ofrecen. Todos los que están son. Se podría plantear, no obstante, una valoración de los que no están y elaborar una especie de listado de candidatos simbólicos para futuras ediciones del diccionario, por orden de preferencias, en las que los factores a considerar para cada uno serían también lo de menos. Y es que la materia de los símbolos del nacionalismo vasco es proteica y cambiante, pero el magma que la genera siempre está presto a ofrecer, en chisporroteos interminables, nuevas formas de símbolos, actualizadas, regeneradas o reinventadas.

Los símbolos se representan fundamentalmente en imágenes y es por ello que el diccionario tiene uno de sus puntos más atractivos precisamente en sus ilustraciones, donde se reúne una colección gráfica de valor inestimable para la comprensión de este movimiento político, en particular el mundo de las pegatinas,

que para quienes vivimos la época de su eclosión y auge, en los primeros años de la Transición, constituye una referencia ciertamente imprescindible y emotiva.

Pero entrando propiamente en el contenido del Diccionario, se advierte de entrada la visión unitaria que ofrece del universo nacionalista, obviando resueltamente su evidente diferenciación actual en dos corrientes tan difícilmente conciliables como son la moderada o peneuvista y la radical o llamada abertzale. Hay un pivote irrefutable para ello, reconocido por quienes han elaborado esta obra (tal como muestra el número de sus citas por el índice onomástico final, solo comparable, a cierta distancia, por las de José Antonio Aguirre), y también, va de suyo, por todos los nacionalistas, que es la figura de Sabino Arana Goiri. Esta entrada y las que se articulan en torno a ella, como son Sukarrieta, Lema JEL, Sabin Etxea, Batallas de Arrigorriaga y Munguía, están a cargo del primer especialista en la materia, José Luis de la Granja, lo que garantiza su puesta al día y fiabilidad. Y en cuanto a los símbolos compartidos por todos los nacionalistas: la ikurriña. En casi todo lo demás discrepancia, cuando no, en feliz expresión de Jesús Casquete, “vampirización simbólica”, siempre a cargo del radicalismo, que se apropia de celebraciones (Gudari eguna), personajes (Eli Gallastegi, Telesforo Monzón), himnos (Agur jaunak), hitos históricos (Estella/Lizarra) o denominaciones geopolíticas (Euskadi/Euskal Herria).

Es esa discrepancia entre los símbolos correspondientes a los dos ámbitos nacionalistas la que nos lleva necesariamente a un problema teórico más profundo acerca de qué es el nacionalismo vasco, de cuál es su sustancia, la que da sentido a todo lo que abarca su denominación genérica y de hasta qué punto sus discrepancias internas son o no más importantes que sus elementos comunes. Estas cuestiones metodológicas, si bien seguro que han sido valoradas por sus coordinadores, resultan prudentemente arrinconadas en el diseño arquitectónico de esta obra, más de exposición y descripción, como corresponde a un diccionario, que de análisis crítico o búsqueda anticipada de conclusiones, algo que quedaría para otro tipo de obras o, en todo caso, para cuando hayamos explorado todos los ámbitos a los que nos puede llevar este estudio del nacionalismo vasco a través de sus símbolos que, como los propios autores reconocen, solo acaba de empezar con este trabajo.

Este Diccionario de símbolos se basa en considerar al nacionalismo vasco, por tanto, como un conjunto político unitario con dos movimientos principales, el

moderado y el radical. Ello tiene su expresión en la elección de protagonistas históricos del mismo, divididos en dos mitades prácticamente iguales o, en todo caso, basculadas hacia el radicalismo, ya que frente a Arana, Aguirre, Irujo y Galíndez, para el ámbito moderado, tenemos a Txabi Etxebarrieta, Txiki (entrada “Gudari eguna”), Argala, Brouard y Muguruza (estos dos últimos en la entrada “20-N”), para el radical. Y frente a símbolos típicos del nacionalismo moderado, como las batallas de Arrigorriaga y Munguía, el lauburu, el lema JEL, la letra E o Sukarrieta, tenemos los del radicalismo, sobre todo relacionados con Navarra, como son Amaiur, el arrano beltza y Roncesvalles (los tres analizados por Iñaki Iriarte), la figura de Sancho el Mayor y el tema de la bandera y el escudo de Navarra.

Pero, en cualquier caso, en este Diccionario son más los nexos en común entre ambos movimientos que las entradas que los diferencien. Así, tenemos dos personajes clave como Eli Gallastegi y Telesforo Monzón que ejercerían de cordón umbilical entre ambas corrientes, desde la II República a la Transición, pero terminando en ambos casos recalando en la corriente radical. Del mismo modo, hay temas que sirven también de nexo entre ambas corrientes como es el caso de los himnos Agur Jaunak y Eusko Gudariak, el de la celebración del Gudari Eguna y el Aberri Eguna, y, sobre todo, como símbolo indiscutido para todo el nacionalismo, la ikurriña. La construcción del imaginario nacionalista común a ambas corrientes también se comparte en relación a la historia, donde se realiza una interpretación prácticamente común de las guerras carlistas, de la Guerra Civil y de figuras históricas como Zumalacárregui.

Si los símbolos, como parte de todo el análisis del discurso historiográfico actual basado en la historia cultural, en el análisis del lenguaje y de los conceptos y metáforas, son capaces de proporcionarnos una visión más completa de la que teníamos hasta ahora del origen y evolución del nacionalismo vasco, es claro que este avance procede de una nueva consideración de los motivos no racionales o no explicables apelando al ejercicio de la razón y de la lógica que llevan a cabo sus protagonistas. Y es por ahí por donde entramos en una dimensión especial de la investigación historiográfica, donde empieza a ponerse en valor todo lo que tiene que ver con las pasiones, las emociones y los sentimientos de los individuos que originan, organizan e integran este movimiento. Las razones que se han aducido hasta ahora

para explicar el origen del nacionalismo vasco y su desenvolvimiento histórico se nos antojan, por tanto, incompletas sin tener en cuenta el vasto mundo de lo que no tiene una explicación lógica y racional sino que pertenece a otro ámbito: el de las acciones sin explicación coherente, pero cargadas de profundo sentido emocional. Sin entender ese mundo no racional no es posible alcanzar la comprensión completa del nacionalismo vasco y este libro viene a demostrarlo sobradamente.

Este estudio del nacionalismo vasco, como movimiento político integrado por dos grandes corrientes, la moderada y la radical, e independientemente de las características consustanciales a cada una de ellas, pone en claro, al menos, dos cuestiones. Una: que todo el movimiento procede de la obra de Sabino Arana Goiri y pertenece estrictamente a la modernidad política, cuando al País Vasco y Navarra llegaron las nuevas formas de vida política y social de la mano de la industrialización. Incluso quienes pretenden refutar aspectos esenciales de la obra del fundador desde el nacionalismo radical, cuestionando la idea de la independencia originaria de los siete herrialdes por separado y poniendo en su lugar la unidad vasca y la primacía de Navarra (o Nabarra), remontando la imagen de la feliz Arcadia vasca (o nabarra) a la época de Sancho el Mayor (siglo XI), no pueden dejar de reconocer la paternidad originaria del de Abando en el hecho de que fue el primer autor de la historia vasca que propuso que Euskadi es la única patria de los vascos, frase en sí misma también simbólica, puesto que no aparece como tal en los escritos del fundador: pero una vez que alguien se la atribuyó y alcanzó difusión entre sus seguidores, ahí quedó. Del mismo modo, respecto del resto de fundamentos historiográficos de la corriente radical, en apariencia alternativos, distintos y ajenos a la fuente originaria sabiniana, como se esfuerza en demostrar toda la línea del nabarrismo político hoy personificada en la obra de un Urzainqui, como ejemplo destacado, no podemos olvidar que tiene su fuente originaria en la obra de Anacleto Ortueta, uno de los fundadores de ANV y, como tal, seguidor inicial de la obra de Arana Goiri, y además, en su caso, colaborador incondicional del lehendakari Aguirre, cuando este le pidió que arrimara el hombro para organizar la Bizkaia sitiada de 1936-37.

La constatación de la paternidad ideológica única de Sabino Arana da también pie a considerar al nacionalismo como una unidad con una característica esencial común a todo él y que dejaría en un muy segundo lugar aspectos como el

social, el revolucionario, el administrativo-territorial o el de los métodos empleados para la consecución de sus fines. Y esa característica no es otra que la de su antiespañolismo visceral. Ser nacionalista es, como ya constató Unamuno en su momento, o más recientemente Juaristi, ser antiespañolista. Pero en un sentido sensiblemente distinto a como lo interpretan aquí los responsables de la entrada España: se trataría de un antiespañolismo genérico, y esto es muy importante en la articulación ideológica y de política diaria del nacionalismo, cuya concreción real y operativa es el antimaketismo. Quiere decirse que antiespañolismo y antimaketismo son conceptos que hay que diferenciar bien para entender, respectivamente, el poder intimidatorio del nacionalismo hacia afuera y su fuerza discriminatoria hacia adentro. El antiespañolismo nacionalista vasco se desdobra políticamente en soberanismo e independentismo (léase: en gradualismo y rupturismo), algo con lo que tienen que bregar los partidos llamados españoles o estatalistas y sobre todo sus cúpulas “de Madrid”. Pero el nacionalismo vasco solo se concreta sociológicamente, digamos así, dentro del ámbito vasco: quiere decirse que solo ejerce sus efectos sobre la población vasca no nacionalista y de modo progresivo y creciente a medida que el nacionalismo conquista nuevas posiciones de dominio político y social dentro del País Vasco. En definitiva, que a nadie de fuera del ámbito territorial donde el nacionalismo ejerce su dominio y control, y no digamos ya al común de la ciudadanía española ajena a los círculos políticos españoles “de Madrid”, donde el tema puede resultar más candente, le afecta lo más mínimo la capacidad de discriminación o de rechazo que pueda generar el nacionalismo. Esa capacidad solo se ejerce en el interior del País Vasco, que es donde el antiespañolismo nacionalista se concreta y se convierte en antimaketismo, esto es, en rechazo y discriminación efectiva de la parte de población vasca no nacionalista, algo que se dejó sentir desde los primeros momentos de proselitismo de esta ideología y que provocó la mayor parte de los procesos, denuncias y encarcelamientos de Sabino Arana y sus, al principio, contados seguidores.

No obstante, este primer punto de la unidad doctrinal común a todo el nacionalismo presenta un problema teórico (y conste que no entramos aquí en el ámbito de la ética, que nos llevaría por otros derroteros) que no podemos dejar de señalar de nuevo, sobre todo en esta coyuntura histórica y política vasca que vivimos: entre las dos corrientes fundamentales del nacionalismo hay una diferencia

sustancial que las separa irremisiblemente, y que no es otra que la del apoyo y justificación que el nacionalismo radical ha ofrecido generosamente a la violencia ejercida por ETA en toda su trayectoria histórica, iniciada en 1959 y terminada, esperamos que para siempre, con la declaración del 20 de octubre de 2011. En este aspecto, salvo contadísimas excepciones por parte del nacionalismo moderado, no cabe hacer extensible a este una contaminación genérica por el hecho violento y totalitario, algo que ha caracterizado desde su mismo origen al nacionalismo radical. Esto debe de quedar bien claro también aquí. Lo que no obsta para que el terrorismo, que ha asumido durante cincuenta años la dirección de todo el nacionalismo radical, de esa mitad del nacionalismo que se refleja en esta obra por sus símbolos, requiera ser reevaluado y reubicado como tal dentro del universo nacionalista. Y la duda metodológica, e insistimos en su aspecto exclusivamente teórico, persiste: ¿hay un fondo básico y común por detrás o por debajo de los símbolos políticos que mueven a un militante del PNV y a un admirador de ETA, pongamos por caso? O, dicho de otro modo, ¿es más lo que les une, en historia, en política y, por tanto, en símbolos, a todos los nacionalistas vascos que lo que les separa? En este sentido, convendría recordar que en 2011 y en la misma editorial que publica esta obra ya apareció el trabajo de Iñigo Bullain, *Revolucionarismo patriótico*, donde se hace explícita y operativa en el análisis conceptual e historiográfico del nacionalismo vasco la diferencia entre sus dos corrientes principales y se elabora toda una nueva interpretación que afecta al nacionalismo en su conjunto y que resalta más los medios radicalmente opuestos con los que opera cada una de sus dos ramas que los hipotéticos fines comunes a los que aspiran y, entre estos últimos, da más importancia al modelo de sociedad vasca ideal diseñado por cada corriente nacionalista que al antiespañolismo común a ambas.

La segunda gran cuestión que una obra de estas características permite poner al día —y dado que donde los símbolos son decisivos, más que en el origen, es en la difusión y transmisión de las ideas que mantuvieron vivo al nacionalismo a lo largo del tiempo— tiene que ver, por tanto, con la trayectoria histórica misma de este movimiento en su conjunto, analizable en etapas diferenciadas, jalonadas a su vez por grandes hitos históricos, y que le han llevado, con sus variantes internas, a ser la principal ideología política vasca de nuestros días. Y entre esas etapas o hitos históricos hay que contar, de modo imprescindible, con tres: el apoyo del sector

liberal fuerista de Sota y la sociedad Euskalerrria, que permitió a Arana salir elegido diputado provincial en 1898, sacándolo literalmente de la marginalidad política; el auge inusitado durante los años de la II República, de la mano de Aguirre e Irujo, protagonizando el proceso de consecución del primer Estatuto vasco de 1936; y, sobre todo, los años de la Transición tras la muerte del general Franco y que dieron lugar a un Parlamento autónomo donde el nacionalismo en su conjunto arrasó a las demás fuerzas políticas en liza, principalmente a las procedentes del republicanismo vasco y que dejó en manos del nacionalismo todo el protagonismo político e histórico de la defensa de las libertades frente a la sublevación franquista y la represión de la dictadura. Esta dejación manifiesta de protagonismo histórico de las demás fuerzas políticas en la última fase de auge del nacionalismo, no se puede explicar, obviamente, sin la acción de un fenómeno inédito en la historia del nacionalismo vasco como fue el terrorismo independentista de ETA, cuyo argumentario social y revolucionario, no obstante ser la clave de su aparición, quedaría en un segundo lugar frente a su antiespañolismo visceral.

De estos tres momentos históricos que marcan el auge continuo hasta hoy del nacionalismo vasco, cabe decir que el primero es sencillamente inexplicable sin acudir a la figura de don Ramón de la Sota y Llano, que no tiene entrada principal en la obra y solo aparece citada, según el índice analítico de la misma, en 17 ocasiones, a mucha distancia de las figuras históricas del nacionalismo con entrada, como Sabino Arana, Aguirre, Irujo, Monzón o Galíndez, pero también respecto de otras importantes sin entrada como Luis Arana, Leizaola, Landáburu, Krutwig, Jemein o el propio Arzalluz. Debe atribuirse, obviamente, a que ni Sota padre ni su hijo (que llegó a presidir la Diputación de Vizcaya en nombre de la Comunión Nacionalista, el cargo político más importante conseguido por el nacionalismo antes de la Guerra Civil y que solo aparece citado en esta obra en dos ocasiones), se constituyeron en símbolo para sus seguidores, a pesar de haber controlado el movimiento durante la principal etapa de dominio nacionalista previa a la Guerra Civil. Es justamente el hecho de no erigirse en símbolos de su propio movimiento, siendo esenciales para el mismo (pensemos que los Sota sostuvieron económicamente al nacionalismo hasta 1937 y lo siguieron haciendo desde el exilio hasta la muerte de don Ramón de la Sota y Aburto en 1978), lo que excluye a ambos personajes históricos de una obra como esta; cuestión esta que bien podría erigirse, a la inversa, en un objeto interesantísimo



de estudio que explicara las razones por las que unos personajes, acontecimientos o motivos fundamentales para un movimiento no se constituyen en símbolos del mismo. Pero ya está dicho que el territorio de los símbolos apela básicamente al sentimiento, a la pasión y a las emociones, y sobre ese ámbito no hay razón ni fundamento lógico que pueda imponerse.